MUNDO DE LIBROS

La familia de León Roch, Tomo 2

BENITO PÉREZ GALDÓS

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

La familia de León Roch, Tomo 2

Benito Pérez Galdós

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Nota de transcripción

* En el texto las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas como MAYÚSCULAS. * Se ha respetado la ortografía original, homogeneizándola a la grafía de mayor frecuencia. * Se han igualado los enunciados de los capítulos en el texto y en el índice. * Los errores obvios de imprenta han sido corregidos. En particular, los siguientes:

Pág. 39: “¡pésie á tal!” cambiado por “¡pese á tal!”. Pág. 48: “perenales” cambiado por “perennales”. Pág. 73: “pervesas” cambiado por “perversas”. Pág. 86: “¡calle!” cambiado por “¡calla!”. Pág. 101: “Romana” cambiado por “Ramona”. Pág. 207: “VII” cambiado por “VIII”.

* Además, se han hecho las siguientes modificaciones de acuerdo con ediciones más recientes:

Pág. 184: se inserta un “no” (Doña María y yo no vamos a hablar), para preservar el sentido de la frase. Pág. 377: “León” ha sido sustituido por “Federico” (--Te suplico que salgas,--dijo D. Pedro á Federico.), para preservar el sentido del diálogo.

LA FAMILIA DE LEÓN ROCH

Es propiedad. Queda hecho el
depósito que marca la ley. Serán
furtivos los ejemplares que no
lleven el sello del autor.

Est. tip. de los Hijos de Tello. Carrera de San Francisco, 4.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

(Primera época.)

LA FAMILIA

DE

LEÓN ROCH

TOMO II

30.000

[Ilustración]

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1920

LA FAMILIA DE LEÓN ROCH

SEGUNDA PARTE (CONTINUACIÓN)

X

Razón frente á pasión.

Al día siguiente recibió León un anónimo, después la visita de dos amigos que le comunicaron algo muy interesante, pero también muy

penoso para él, y á consecuencia de esto pasó en gran desasosiego el día y en vela la noche. Levantóse temprano y anunció á Facunda que se marchaba; una hora después, dijo: «No: me quedo, debo quedarme.» Por la tarde salió á pasear á caballo, y al regreso envió un recado á Pepa, diciéndole que deseaba hablar con ella. Desde el día en que se supo la noticia de la muerte de Cimarra, León no había visto á la hija del Marqués de Fúcar sino dos ó tres veces. Un sentimiento de delicadeza le había impedido menudear sus visitas á Suertebella.

Recibióle Pepa poco después de anochecer en la misma habitación donde Monina había estado enferma y moribunda. La graciosa niña, medio desnuda sobre la cama, se rebelaba contra la regla que manda dormir á los chicos á prima noche, y sin hacerse de rogar como otras veces, contaba todos los medios cuentos que sabía, y decía todas sus chuscadas y agudezas; empezaba una charla que concluía en risa, y castigaba á su muñeca después de darla de mamar; saludaba como las señoras, y con sus dedillos hacía un aro para imitar el lente monóculo del Barón de Soligny. Después de mucha batahola, vacilando entre la risa y una severidad fingida, Pepa logró hacerla arrodillar, cruzar las manos y decir de muy mala gana un hechicero Padrenuestro, mitad comido, mitad bostezado. Siguió á esta oración el _Con Dios me acuesto, con Dios me levanto_, y como si esta ingenua plegaria tuviese en cada palabra virtud soporífera, Monina guiñó los ojos, cerró sus párpados con dulce tranquilidad, y murmurando las últimas sílabas, quedóse dormida en los brazos del Señor. Después que ambos la contemplaron en silencio durante largo rato, León la besó en la frente.

«Adiós, nena,--dijo con cierta emoción.

--¿Y por qué adiós?--preguntó Pepa muy inquieta.--¿Te vas?

--Sí.

--Me avisaste que querías hablarme.

--Despedirme.

--¿No estás bien aquí?

--Demasiado bien; pero no debo estar.

--No te comprendo. ¿Te has reconciliado con tu mujer?

--No.

--¿Vas al extranjero?

--Tal vez.

--¿A dónde?

--No lo sé todavía.

--Pero avisarás, escribirás, dirás: «estoy en tal parte.»

--Es posible que no te diga nada.»

Pepa miró torvamente al suelo.

«Es necedad que tú y yo hablemos con medias palabras y con frases veladas y enigmáticas--dijo León.--Hace algunos meses que hablamos como los que ocultan una intención perversa. Si hay maldad, mejor estará dicha que hipócritamente ocultada. Es preciso decirlo todo. Desde que perdí completamente las ilusiones de mi bienestar doméstico, frecuento tu casa; quizás, ó sin quizás, la he frecuentado demasiado en este tiempo. Mi soledad, mi tedio mi anhelo de saborear la vida de los afectos, hacíanme buscar ese arrimo

que al alma humana es tan necesario como el equilibrio al cuerpo. Yo estaba helado; ¿qué extraño es que me detuviera allí donde encontré un poco de calor? Empecé admirando á Monina y acabé por adorarla, porque yo tenía, más que afán, rabiosa sed de afectos íntimos, de amar y ser amado. ¡Es tan fácil hacerse amar de un niño!... Yo sentía en mí afanes imperiosos de deleitarme en cosas pueriles, de poner mi corazón, vacío ya de grandes afecciones, bajo los piececillos de un chicuelo para que lo pateara. No sé cómo explicártelo... presumo que tú comprenderás esto. Se me figura que lees en mí, así como tú no me eres, no, desconocida. Me parece que hace tiempo estamos representando una comedia...

--Yo no represento jamás,--dijo Pepa con aplomo.

--Pues yo tampoco. Oye lo que ha pasado en mí. Yo me sentía solo en mi casa, solo en la calle, solo en medio de la sociedad más bulliciosa, solo en todas partes menos junto á tí. Una fatalidad... Pero no demos este cómodo nombre á lo que es resultado de nuestra imprevisión y nuestros errores... digamos que la situación creada por nosotros mismos nos impedía declarar con la frente alta un afecto del corazón... Ambos éramos casados.

--Sí,--dijo con serenidad y firmeza la de Fúcar, como si ella hubiera ya pensado muchas veces aquello mismo, y considerándolo bajo infinitos aspectos.

--Ahora ya tú no lo eres; yo sí. La situación es casi la misma. Pero tu viudez me ha hecho más insensato... Yo no debo estar aquí, y sin embargo estoy; y cuando veo ese color negro de tus vestidos y del vestido de Monina, siento en mí no sé qué horrible levadura de osadía y sacrilegio; lucho por ahogarla y callarme; pero tú misma, con una

fuerza de atracción de que apenas te das cuenta, me obligas... no puedo decirlo de otro modo, me obligas á decirte que te amo, que te amo desde hace tiempo... No tengo fuerzas ni palabras para maldecir un sentimiento que en mí ha nacido de este lúgubre destierro doméstico en que vivo, y en tí... no sé de qué.

--Nació conmigo--afirmó Pepa, que apenas respiraba.--Me has dicho una cosa que presumía mi corazón... ¡Pero oírtela decir... oir de tu misma boca, aquí, delante de mí... donde sólo Dios y yo podemos oirlo!...»

Le faltó la voz. Transfigurada y sin color como el moribundo, no pudo hallar para el desahogo de su alma lenguaje más propio que apoderarse de una mano de León y besársela tres veces con ardiente ternura.

«Hemos llegado á una situación difícil--dijo él.--Afrontémosla con dignidad.

--¿Situación difícil?--indicó Pepa, con cierta sorpresa candorosa, como si la situación le pareciera á ella muy fácil.

--Sí; porque á estas horas somos víctimas de la calumnia.»

Pepa alzó los hombros, como queriendo decir: «¿Y qué me importa á mí la calumnia?

--Convendrás conmigo en que he cometido una gran falta en venir á vivir tan cerca de tí.

--¿Falta? ¿Falta venir aquí?--dijo la dama dando á entender que si aquello era falta, también lo era la salida del sol.

--Falta ha sido. Te advierto que yo, á quien muchos tienen por

hombre de entendimiento, me equivoco siempre en las cosas prácticas.»

Pepa indicó su conformidad con aquella idea.

«Mi último error ha desatado la lengua á la maledicencia, ¡Pobre amiga mía! Ya es cosa averiguada en Madrid que á los dos meses de viuda tienes un amante, que ese amante soy yo, que vivimos juntos injuriando la moral pública. No contenta con esto, la gente hace un odioso trabajo retrospectivo, dando á nuestras relaciones criminales un origen remoto, y de esto resulta una afirmación fuera de toda duda.

--¿Cuál?

--Que Monina es hija mía.»

Pepa se quedó un instante perpleja. Creeríase que la tremenda afirmación no hacía gran mella en su alma. Argumentando mentalmente, no sabemos de qué modo, dijo:

«Pues bien: cuando la calumnia es tan grosera, tan absurda, no debemos afligirnos por ella.

--¿Sabes tú cuál es el escudo en que la calumnia puede estrellarse?--le dijo León con serenidad.--¿Lo sabes tú? Pues es la inocencia. Nuestra inocencia, Pepa, es tan sólo relativa, ó mejor dicho, parcial. Las hablillas que nos agobian llevan en sí algo de fundado: se equivocan sólo en los hechos. Mienten cuando dicen que soy tu amante y que vivimos juntos; pero aciertan cuando dicen que te amo. Mienten cuando dicen que Monina es hija mía; pero...»

Pepa no le dejó concluir. A borbotones se le salieron las palabras de la boca para exclamar con júbilo:

«Pero aciertan al decir que la adoras como su fuera tu hija: lo mismo da.

--La calumnia se equivoca en los hechos; pero á falta de hechos hay intenciones, sentimientos, esperanzas. Contéstame: ¿crees tú que somos inocentes?

--No. Por lo menos yo no lo soy. La calumnia que ha caído sobre mí y me hiere en mi honor, parece que trae consigo algo de justicia--afirmó Pepa con acento patético.--¡La miro con menos horror del que debía sentir, porque hay dentro de mí tanto, tanto, que podría justificar una parte, lo principal, el fundamento de ella!... Tú eres una persona de rectitud y de conciencia; yo no lo soy. Estoy acostumbrada á cultivar, acariciándolos en el secreto y en la soledad de mi alma, sentimientos contrarios á mi deber; yo soy una mujer mala, León; yo no merezco ese afecto tardío que sientes por mí; yo soy criminal, y como criminal no puedo tener ese pavor escrupuloso que tú tienes á la calumnia.

--Pepa, Pepa, no hables de ese modo--dijo León estrechando la mano de su amiga.--No es así como te he visto y te he contemplado en mi alma, cuando te apoderabas de ella y lentamente te hacías reina de todos mis afectos.

--¡Oh! Si no te gusto así--replicó la de Fúcar en un tono de amargura y dolor que obscurecía sus palabras,--¿por qué no viniste á tiempo? Si hubieras llegado cuando se te esperaba, ¡qué pureza y qué elevación de sentimientos habrías podido hallar! ¡Qué noble y santa pasión, tan propia y tan digna de tí! Si hubieras venido á tiempo, dignándote agraciar con una palabra de amor á la voluntariosa, á la pobre loca, á la necia, ¡qué hermoso tesoro de afectos habrías descubierto, tesoro

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com